

Abraham Pimstein L.

## Una dama negra y otra blanca



ERGIO miró como Roberto colocaba cuidadosamente sus piezas en el tablero de ajedrez, cual si estuviera ejecutando un rito complicado en que la correcta adecuación original de las figuras ayudaría a decidir la victoria.

Avanzando uno de los peones blancos, Roberto anunció:

—Vamos a hacer una partida de Dama.

Preocupado por asuntos ajenos al juego, Sergio movió de modo maquinal uno de los peones negros hasta enfrentarlo con el blanco. Y así, las primeras jugadas de ambos se sucedieron sin esfuerzo, ciñendo sus respectivos movimientos de ataque y de defensa a una determinada pauta de desarrollo.

Siempre distraído, Sergio pensaba que era necesario conseguir algunas prórrogas y también un crédito bancario, para salvar la difícil situación en que se encontraba. Lo sensato consistiría en abonar algo sobre los compromisos más urgentes, pero antes que nada debería buscar el dinero para cancelar los avances que estaban por vencer en las próximas semanas. Con estas medidas obtendría un momento de respiro. Para lo que pudiera sobrevenir, ya tendría tiempo. Lo esencial era imponer a Diana del problema que estaba afrontando, a fin de que redujera su tren de gastos. Tenían que postergar indefinidamente el viaje que le había prometido a Buenos Aires y a Río de Janeiro. Sufriría una gran desilusión que desgraciadamente él no estaba

en condiciones de evitarle. Y no sólo eso. ¿Cómo reaccionaría cuando le dijera que asimismo deberían suspender las comidas de compromiso y dejar para más tarde la confección de sus tenidas “de temporada”?

En verdad, el estado general de los negocios no se presentaba promisor y la política de restricción de créditos, la competencia desorbitada de precios y salarios, junto a una producción insuficiente del hierro y del cemento, estaban asfixiando la actividad constructora. Sin embargo, él se veía obligado a cumplir los contratos con la Municipalidad dentro de los plazos fijados y con un margen de utilidades que la inflación iba reduciendo de semana en semana. Se lo tendría que explicar a Diana. Era imposible que no lo comprendiera, aunque ¿quién sabe...?

Ella estaba acostumbrada a recibirlo todo, sin preguntarse de donde provenía el dinero. No sabía cuánto costaba poder disponer de él.

De familia acomodada, nunca supo de las penurias del trabajo ni de las estrecheces que puede traer consigo. Casada ya, no había experimentado cambios en su manera de vivir ni privaciones en sus gustos o deseos. Se sentía naturalmente segura porque él, su marido, no había querido arrancarla de su mundo de muñeca iniciándola en el conocimiento de la vida dura y áspera, llena de zozobras y mezquinidades. Pero ahora la cosa era muy distinta y debía decírselo con toda claridad, porque el hombre fuerte que había sido hasta allí, doloroso era confesárselo, estaba a punto de no ser capaz de solucionar todos los problemas. Ella ignoraba que, a pesar de las apariencias, muchas veces sufrió angustiosos desfallecimientos, sintiéndose débil para decidir lo mejor o para desafiar los conflictos que presentaba la existencia. Con todo, Diana no era propiamente una mujer egoísta. Tan sólo le faltaba imaginación en cierto sentido. ¿Acaso, en el fondo, su ligereza de espíritu, como la de los niños, no era sino una “confianza ciega” en su capacidad de hombre?

Esta última reflexión halagó su vanidad masculina y una leve sonrisa se insinuó en las comisuras de los labios.

Su mano adelantó el Caballo del lado donde estaba su Rey, para amenazar uno de los Alfiles de Roberto, uno de esos “ominosos obis-

pos", como solía decir, aludiendo a la forma de mitra que tienen estas piezas que se mueven oblicuamente en el tablero.

En ese instante evocó los ojos profundos de Diana, con llamas húmedas bailando en el centro de las pupilas. La vió inclinando su rostro hacia el suyo, mirándolo con picardía. Era graciosa y recibía los mimos como un animalito, restregándose con evidente voluptuosidad, pero si él, entonces, se abandonaba a su propio placer, hería de improviso, manteniéndose pasiva e indiferente por largo rato, antes de reanudar el juego.

Lo invadió una especie de confortamiento.

Retornando a la partida, dijo a Roberto:

—¡Juega, hombre!

Su contrincante, exhalando con satisfacción el humo del cigarrillo, respondió:

—Ya moví el Caballo. Ahora te toca a ti...

Sergio examinó la posición de sus piezas. Cada una de ellas parecía estar suficientemente defendida. Si él no brindaba oportunidad, no habría lugar para un ataque sorpresivo. La partida aún se mostraba cerrada. Por el momento, no trataría de "comerse" el Alfil blanco, tan mal ubicado por su oponente, aunque también Roberto pudo haberlo puesto como cebo, para que se abriera el juego por uno de los flancos de las piezas negras, lo que no era conveniente en esa etapa todavía preliminar. De acuerdo con estas apreciaciones, se limitó a mover un nuevo peón.

Su mirada fué a posarse sobre el retrato de Diana, que estaba encima del piano. Aquella mujer era suya. Había llegado a su vida como una gracia, casi sin merecerla. No era bonita, pero llamaba la atención.

Joven, delgada; los años de matrimonio no la habían cambiado de cuando la había conocido. Siempre caminaba esbelta. Se cimbraba como una vara de ciruelo. Fina la voz y el tono malicioso. ¡Cómo le encantaba su risa!

Y en otro aspecto, ¡cuán digna y altiva! Por esa rara combinación de suavidad y orgullo, ella era, indistintamente, la amorosa dio-

sa de la Luna y la casta, un poco cruel, Diana de los bosques, cuyo nombre llevaba...

Es mía, volvió a repetirse mentalmente. Su mano tomó la Dama negra y sus dedos se cerraron con fuerza en torno a ella.

Roberto, riéndose, exclamó:

—Sergio, no la oprimas tanto, que la vas a sofocar; nadie, todavía, piensa en comértela...

Las palabras de su amigo, lo hicieron sonrojarse, sin explicarse bien la causa de su intempestivo bochorno. Se sintió como sorprendido en falta. Masculló algo incomprensible, sumiéndose en una afectada contemplación de la posición de las piezas, hasta que la empleada lo interrumpió al traerles unas menudas tazas de café.

Después de breves sorbos, dirigió su vista hacia Roberto, con la intención de preguntarle si necesitaba más azúcar, pero se quedó silencioso, observándolo, porque un rayo de luz se había posado en la barbilla firme de aquél, destacando los extraños rasgos de su boca.

Como hombre, nunca había reparado en el dibujo ni en la forma que tenía aquella parte de la cara de su amigo. Sin embargo, era digna de ser advertida. Allí estaban sus carnosos labios, vivamente sanguíneos, plenos de arrogante sensualidad, como que si ellos valieran por toda la persona de Roberto. Recordaban los de un actor inglés que en una oportunidad había representado magníficamente el papel de Nerón y en otro drama, el de Enrique VIII, de Inglaterra. Había en aquella boca una insólita combinación de glotonería, de crueldad y de jactancia, como jamás se había puesto de manifiesto hasta ese momento. Su impresión no se debía a un engaño de los ojos, que se pudiera atribuir a una especial composición de la luz y de las sombras que se proyectara en el rostro de Roberto. De eso estaba seguro. El rayo que había iluminado la barba, ahora cayendo sobre una gruesa oreja, únicamente reveló lo que ocultaba un abundante bigote y la movilidad del habla.

Sergio experimentó cierta sensación de malestar frente a su repentino descubrimiento, como si hubiera quedado disminuída su propia hombría. Entonces sintió nacer una punzante curiosidad por co-

nocer algo de la vida sensual de su amigo e hizo esfuerzos para recordar algún hecho o conversación que pudiera confirmar su desagradable sentimiento. Sólo encontró una que otra referencia a conquistas intrascendentes, sin mayor detalle que el estrictamente necesario a esta clase de charlas, cuando éstas se llevan a cabo entre hombres que se respetan. También recordó algunos chistes de Roberto, que eran del dominio común, precisamente por su vulgar intención erótica. Concluyó diciéndose que era muy poco lo que conocía de su habitual contendor en ajedrez. La apariencia de una sólida amistad, que no era otra cosa que un amable y superficial conocimiento, sin que obstara a ello el tiempo transcurrido, se había formado a base de la costumbre de conversar naderías y hacerse pequeños favores entre vecinos, más las renovadas partidas de los sábados en la tarde y la tercería de buen humor que este soltero había introducido en algunas comidas íntimas, cuando él y Diana lo habían invitado. Eso era todo cuanto sabía de Roberto...

Tan pronto el Rey negro se atrincheró en el flanco izquierdo del tablero, Roberto comenzó a concentrar sus piezas mayores con vista a afianzar su dominio futuro en ese mismo lado. Sergio, por su parte, más seguro de sí mismo, colocó finalmente su Caballo en una casilla que le permitía amenazar sin riesgo el Alfil inofensivo de su rival.

Con el propósito de borrar los pensamientos ingratos que le invadían y a modo de una secreta y sutil compensación, Sergio ofreció a su amigo la ocasión de discurrir sobre un tema que era grato a éste:

—¡Qué significativo este juego! ¿Verdad, Roberto?

—Efectivamente es así —repuso su interlocutor, terminando de desplazar como al descuido uno de sus peones laterales. Luego añadió con entusiasmo—: Es fascinante y terriblemente simbólico. Un divertimento mágico que en el fondo resulta dramático. Como la vida, está llena de tensiones y tiene aspectos luminosos y oscuros, donde la pasión caprichosa y oculta se combina con el cálculo despiadado del tiempo y de las circunstancias. No hay tregua para conseguir las peque-

ñas ventajas que llevan hasta la decisión del triunfo. Para lograrlo, hay que disimular intensiones, ir configurando callada y lentamente las piezas indispensables, hacer en su hora sacrificios preciosos, pero sobre todo, aprovechar sin compasión las distracciones del enemigo.

Sergio parecía escucharlo con los ojos. Mentalmente criticaba esa concepción que subordina la lógica del juego a la psicología de los jugadores. Por eso dijo:

—Muchas veces se producen situaciones objetivas dentro de una partida y su fuerza es tal, que ninguna jugada puede torcer el destino del ya condenado perdedor...

Roberto lo interrumpió:

—Eso es teórico. Tú estás defendiendo una idea vacía, desgajada del hombre real, que tiene astucias y miserias. Si el adversario muestra debilidades, debes aprovecharlas sin remordimientos, apurándolas hasta el fin. No olvides tampoco que la lógica puede ser una de sus debilidades. Una movida desatinada, sorpresiva, suele desconcertar al presunto triunfador, otorgando la victoria o el empate al contrario, que tú suponías irrevocablemente vencido.

Sergio pensó que Roberto no tomaba con seriedad el juego. No cabía duda que el ajedrez tenía sus propias leyes y que, con sujeción a ellas, el jugador más inteligente lograba la victoria más pura, un empate de toda necesidad o en el peor caso, una derrota honrosa, no despojada de brillo. A su antagonista, la dignidad cristalina del juego no le interesaba. De esa manera, cualquier resultado en la lid, tenía que ser espurio. Resumió sus reflexiones, preguntando:

—¿Dónde queda, entonces, el triunfo de la inteligencia?

—Mi querido amigo —dijo sentencioso Roberto— la inteligencia es el disfraz de la pasión y de la avidez del instinto. Cuando no es ninguna de estas cosas, es impotente y sale derrotada. En cuanto a la belleza lógica de las normas que rigen el ajedrez, el análisis es infinito y siempre es posible mejorarlas. A mí me interesa el triunfo del hombre, su victoria concreta, su satisfacción actual, aunque después se demuestre que no debía haber ganado. La lógica, tanto en el juego como en la vida, desemboca en la nada...

Sergio, volviendo a la partida, tomó el Alfil inmovilizado de Roberto, reemplazándolo por su Caballo. Este no podía ser comido por ninguna pieza blanca. No quedó satisfecho de su jugada. Recelaba una asechanza. No podía darse cuenta del por qué Roberto le había regalado tan ostensiblemente esa importante figura. ¿Qué perseguía con ese sacrificio en apariencia inmotivado? ¿Dónde estaba la ventaja conseguida o por conseguir? Había oído, momentos antes, que una jugada imprevista, ilógica, podía desarmar psicológicamente al adversario, anulando las ventajas que había logrado. Si ello sucedía no era por una falla del razonamiento, sino por la introducción deliberada de un elemento perturbador, que tenía por objeto desviar la atención del enemigo. Entonces todo el asunto consistía en seguir pensando con claridad, sin atolondrarse. De esa manera, la jugada irracional quedaría despojada de su temible engaño, mostrándose cual era: una mala jugada, una pérdida de tiempo y sin duda, de posición...

Ahora recordaba que Roberto muchas veces le había ganado partidas gracias a dicho mecanismo, distrayendo su atención de lo inmediato. Le pareció que una maraña de cosas equívocas que hasta ese instante rodeaban la imagen de su amigo se abría, dejando entrever la fisonomía ardiente y ávida de un ser sustancialmente inmoral. Turbado por esta visión, procuró convencerse de que era falsa, de que estaba cometiendo una injusticia. Sin embargo, allí en el tablero, donde se alternaban rigurosamente los cuadros blancos junto a los negros, como una representación exacta del campo moral en que los hombres realizan su voluntad, se contemplaba el factor inarmónico e inmoral que Roberto había deslizado mañosamente en el juego.

El doble son del reloj cucú, que señalaba la media hora, puso una pausa en el curso de los pensamientos que embargaban a ambos contrincantes. Le correspondía mover a Roberto. Después de tamborilear con los dedos por algunos segundos sobre el cristal oscuro de la mesa, avanzó su Torre sin vacilar por una columna abierta,

hasta ubicarla en un cuadro blanco. Luego dijo a Sergio, que parecía estar muy concentrado en el análisis ajedrecístico:

—¡Hombre! Desfrunce el ceño, que te hace más viejo... Verdaderamente, mi regalo del Alfil no guarda ningún secreto. Sólo quería tentarte, para que movieras ese Caballo.

A Sergio le molestó la expresión "más viejo" y, sin darse cuenta, se pasó la mano por las mejillas como para evidenciar arrugas, que faltaban en su rostro. Después repuso con acritud:

—Por cierto, tu jugada no tiene ningún secreto. Sencillamente es mala. No conseguiste desconcertarme ni variar mi plan, en cambio me has descubierto el tuyo, basado en la debilidad, como sería un descuido mío. Si juego en forma correcta, sin confundirme ni precipitarme, has de perder fatalmente, aunque no cometas más errores...

—Puede ser que así sea —respondió Roberto— pero no siempre uno persigue una victoria absoluta. A veces una jugada brillante vale por toda una partida. Es bello variar y no someterse a un esquema rígido que le quita todo sabor al triunfo. El ajedrez es, como te decía, un juego esencialmente simbólico, por lo menos para mí, que soy un solitario. Cada pieza de madera está dotada de vida, cargada de energía, de potencialidad. Al moverlas, al disponerlas según mi capricho, hago el papel de un Dios y quién sabe si de un Demonio... Me interesa más el desarrollo del partido, aunque lo pierda, que su final, que también pone término a las posibilidades infinitas de mi pasión...

Y prosiguió diciendo:

—Cuando entablo una partida, abro una puerta hacia lo desconocido, penetro en un mundo extraño, lleno de claves y significados. Realizo mis sueños de poder, de creación y de gloria. Cuando me falla una emboscada, experimento todas las impresiones de un condenado a muerte. Entonces, me siento vivir con una intensidad singular.

Tras leve pausa, recobrando el tono, anteriormente alterado, de la voz, aseguró:

—Ahora, tú ignoras el placer de arriesgar el pellejo por una pequeña ventaja, el afán de sacrificar piezas por una quimera simbólica, el satánico goce de destruir o de destruirse libremente, porque uno lo ha querido así.

Sergio vió que su amigo se había transformado: sus ojos tenían una rara luminiscencia y gotas de transpiración surgían de la frente. Sus mejillas estaban más rojas que lo corriente y sus manos, grandes y carnosas, trepidaban empuñadas. Como restándole importancia a sus palabras, manifestó:

—Eres un hombre peligroso, Roberto. Tu concepción es un tanto perversa, si es verdad todo eso que has dicho... Mientras tanto, juega, o mejor dicho, ¡destrúyete!

Roberto no dijo nada; tomando con decisión una Torre, la colocó con nervioso ademán en una casilla donde iba a producir el encajonamiento de las piezas de su adversario. Tras un corto silencio contenido, sopesando el valor de su jugada, exclamó con un dejo de ironía:

—Analiza, analiza... si ello te ayuda.

Sergio, sin replicarle, trasladó su mirada al tablero y de pronto se dió cuenta de que su Dama estaba sitiada, con un campo muy restringido de acción, prácticamente a merced de su rival. Era cuestión de unas pocas jugadas, a base de algunos sacrificios, para que Roberto se apoderara de ella. Se presentaba entonces el dilema de aceptar por anticipado tan valiosa pérdida, desarrollando un juego violento, sostenido hasta el final, aprovechando la verdadera debilidad de la posición de su antagonista, o de tratar de salvarla, perdiendo el tiempo y el espacio esforzadamente conquistados, amén de tener que entregarle la pieza que llevaba de ventaja.

Mientras el otro reflexionaba, Roberto dijo, sin ocultar un sentimiento de satisfacción agresiva:

—La pierdes, Sergio, irremisiblemente. Ninguna lógica puede impedir que sea mía en unos momentos más. Eso será tu ruina, porque sin Dama es difícil triunfar. Yo que tú, abandonarías la partida...

Esa jactancia desdeñosa decidió a Sergio, ya dispuesto a evitar con sacrificios la captura de la pieza comprometida. Volvería a retomar posiciones, modificaría su plan en condiciones desventajosas y arriesgadas; lucharía palmo a palmo para no dejarse arrebatarse la figurilla que sufría el cerco ni la victoria. Amenazando pues al Rey enemigo con un Alfil que carecía de apoyo, logró que aquél lo atrapa, moviéndose del lugar donde había estado resguardado hasta ese instante. Luego, siempre atacando, cedió su Caballo, abriéndose camino para la acción de la Dama en contra del desprevenido Rey de su adversario. Este tendría que comenzar a danzar o replegarse, lo que le tomaría tiempo. Ya no perdería su Dama...

Roberto valoró en todos sus alcances los recursos de su amigo y reconoció de malas ganas:

—Has jugado bien, muy bien. Todavía no la pierdes, pero tienes menos piezas para el final. En definitiva, veremos...

El cucú dió las cuatro horas. La empleada reemplazó las tacitas vacías de café por otras rebosantes de humeante espuma. Se fué y volvió con el azucarero. En tanto se servían, se puso a limpiar las cenizas y a recoger las colillas retorcidas de los cigarrillos. Al retirarse, un pliegue de su falda desprendió del florero una apretada rosa que cayó casi sin ruido a los pies de Sergio. Los dos hombres se inclinaron al mismo tiempo para cogerla y chocaron. Se incorporaron sonriéndose y otra vez intentaron alcanzarla. Sonó un timbrazo estridente.

Ambos se miraron con fijeza mientras se prolongaba el desaparecible sonido. Algo enemigo y firme apareció en sus miradas. Terminado el eco, Roberto, sin causa aparente se ruborizó, apartó la vista y arreglándose la corbata que tenía bien puesta, expresó:

—¡Recógela!

No cabe duda, pensó Sergio, que Roberto es un tipo raro. Estaba sorprendido de no haberlo notado antes. Hasta esa ocasión le había parecido una persona amable, de un recato masculino para hablar de sí mismo. Sus actividades de corredor de propiedades tampoco arrojaban luz sobre los singulares destellos de su personalidad

que estaba observando aquella tarde. No le conocía propiamente amistades. Sólo sabía que leía mucho y le gustaba la música. Por el recuerdo de unos comentarios sobre una obra de Lenormand, suponía que también le agradaba el teatro. ¡Claro! Se trataba de una representación que había dado el conjunto experimental de Teatro Universitario. El nombre de la pieza era *Los postergados*. No, no era ese el título, aunque algo semejante... Bueno, ya recordaría...

Había algo ambiguo en Roberto, como si todo lo conocido de él no le correspondiera, existiendo detrás de sus actos rutinarios una voluntad que perseguía fines ocultos, que nada tenían que ver con su comportamiento social o profesional. En suma, un desconocido inquietante... Pero esto no era todo: ese hombre tenía una falla. Al repetirse "una falla", pensó en fracaso. Eso era: la obra de Lenormand se llamaba *Los fracasados*. ¿Por qué no había recordado ese título? ¿Acaso no le convenía a su amigo? ¿O era porque él mismo estaba fracasando tal vez en sus negocios? No podía ser, puesto que el argumento trataba un tema diferente, de una pareja de frustrados... Quizá si su olvido se relacionaba con Diana, pero aquello no tenía asidero. Formaban un matrimonio bien avenido. Eran felices, aunque no tenían niños. Se repitió: aparentemente felices, porque nunca se podía saber lo que sentía Diana. Reflexionó que él tampoco podría precisar sus sentimientos al respecto. ¿A qué respecto? se preguntó. Experimentó cierta confusión ante el desarrollo inesperado de sus cavilaciones. ¿Podía ser cierto, entonces, que existiera una fisura en su matrimonio que hasta allí no había sido capaz de columbrar? Debía admitirse que Roberto no era el único ser desconocido y misterioso; también lo eran Diana y él, que ahora estaba sumido en la perplejidad. Era extraño que sus tres nombres hubieran quedado ligados en su mente, dado que Roberto era un ajeno a su problema, un vecino más o menos amigo, con quien gustaba jugar ajedrez. Debía eliminarlo de sus meditaciones. No debía darle tanta importancia. Sin embargo, lo que Roberto había dicho sobre el juego, con vehemencia inusitada, a pesar de la generalidad de sus conceptos, indicaba que también estaba jugando en el

tablero de la vida, de su vida, de sus vidas. Jactancioso como era, no pudo resistirse a amenazarlo simbólicamente, seguro del triunfo. Lo miró con odio y el labio inferior de Roberto, que parecía más sobresaliente por la sombra de la barba replegada se vió impúdico y bestial. Conteniéndose, encendió un cigarrillo, le ofreció otro, y siguió moviendo sus piezas, con el deseo de terminar pronto el partido para examinar con detenimiento todo lo implícito en esa subitánea y quemante revelación.

La tensión se le hacía insoportable. Roberto estaba jugando con todo cuidado y no cometía equivocaciones. El, en cambio, abandonó el plan que se había trazado y estaba perdiendo rápidamente el control de las figuras. Aumentaba el caos interior. No podía darle forma a la acusación que intentaba contra su amigo. Un peligro insidioso, evocado por Roberto y que se refería a Diana, le oprimía el pecho. Con voz entera y seca, golpeando las manos, pidió un vaso de agua.

Trató de hacer racional su tortura. Aquella partida no tenía nada de casual; era, por el contrario, profundamente significativa. El otro había confesado que su talento servía a la avidez de su instinto. También había dicho que ninguna barrera moral le impediría lograr sus objetivos y éstos, inequívocamente, eran la conquista de Diana. ¿Qué papel desempeñaba ella, por su cuenta, en el juego de su enemigo? ¿Se habría alejado de su corazón, entregándose a esa bestia inmunda? ¿Concretamente, hasta dónde habría llegado? En su imaginación vió a Diana, alta, fría, bella, orgullosa, avanzando con noble gracia, el carcaj a la espalda, seguida por un lebel, como la diosa que contemplaran juntos en el museo en los primeros tiempos. Era imposible que su Diana...

La respiración de Sergio se hizo más pausada y más profunda. Esa imagen de su mujer aligeró su angustia. Respondió con brillo a la jugada que le hizo Roberto.

Que esa partida se había hecho en clave, por parte de aquél, era innegable. Con temeridad presumida o con un dejo de viciada rectitud masculina, se lo había anunciado desde el principio y se lo había

reiterado después. ¿No había expresado que iba a hacer una partida de Dama, aludiendo con ello a Diana? Cuando él, evocando mentalmente a su mujer, estrechó inconscientemente su Reina, Roberto había captado de inmediato la significación posesiva de su gesto. Nuevamente le había advertido en el lenguaje erótico devorador que le era propio, que “todavía no se comería” a Diana. Su angustia se hizo más leve al recordar estas frases de su contrario. Le asistió una débil esperanza de que aún Diana no estuviera cogida en las mallas de ese pescador y pudiera salvarla, sin mirar sacrificios, cual había salvado su Dama, en medio del juego. También Roberto había adivinado el sentido de la pugna casual por recoger la flor que había caído en el suelo. Entonces él había exclamado con mal disimulado despecho: —“¡Recógela!” Como si hubiera dicho claramente: —“¡Tuya es Diana! ¡Vuelve a tomarla!”

Ese doble juego, en que la fantasía iba entrelazándose con la realidad, sin distinguirse apenas la hebra que dominaba la trama, se había urdido ante sus ojos de présbita. Aún inconclusa, dejaba ver una sabia composición de rigurosas correspondencias y rítmicas pulsaciones. Su repentina iluminación le brindaba la oportunidad de continuar tejiendo a voluntad el sutil encaje, sin otra recóndita limitación que la de no destruir el armonioso desarrollo hacia donde confluían las hebras.

¿Cuál era la verdad? ¿En qué momento de ella se encontraba? Tenía que despejar la niebla que ocultaba el fundamento desde el cual se erguían tan firmemente sus conjeturas.

Roberto, después de haber perdido un peón, enfiló su Alfil para bloquear una de las casillas de acceso al Rey de Sergio. Tenía un tiempo de ventaja y lo estaba aprovechando del mejor modo. El final del juego era inminente, aunque en apariencia ambas fuerzas estaban equiparadas.

Sergio jugaba maquinalmente. Desesperado exprimía sus recuerdos con el afán de encontrar un hecho concreto que justificara sus temores, turbios todavía, de marido engañado. Aparte de sus aprehensiones subjetivas respecto de Roberto, nada había que pudiera

envolver a Diana en la espiral de sus sospechas. Reproducía situaciones estériles sin hallar miradas significativas, pausas misteriosas de un mudo lenguaje, alegría e impacencias inmotivadas o raras inflexiones de voz. En sus brazos también había palpitado como en los primeros tiempos, con replegada voluptuosidad y con liviana ternura. Allí no había cambios. A menos que, se resistía a pensarlo, estuvieran desarrollando una monstruosa y asimismo perfecta obra de hipocresía. La verdad absoluta estaba en Roberto. Allí debía buscarla, en su juego de ajedrez, más precisamente, en su modo de concebir la partida, que tanto ya le había revelado. El había identificado en cierto modo la vida con dicho juego. En una y otro aplicaba mecanismos semejantes...

Roberto, con una leve sonrisa, casi imperceptible, avanzó su Caballo, cuyo movimiento para poner término al partido ninguna pieza adversaria podía detener. Sergio, como hipnotizado por su vertiente interior, mirando sin ver, atrapó otro peón enemigo, quedando a punto de coronar uno suyo, sin darse cuenta de que iba a perder irremisiblemente la lucha en pocas jugadas más.

El mecanismo que Roberto había aplicado al querer coger su Dama, había sido el de un golpe de efecto irracional, que tenía por finalidad enmascarar el verdadero propósito que le guiaba. Ese mecanismo era el que debía haber descargado Roberto en la convivencia con ellos, algo inmotivado, con apariencia de un desatino, algo así como un engañoso desprendimiento, un hecho que correspondiera al ostensible sacrificio del Alfil en la primera mitad del juego. Lástima que ese hecho no existía y no había trazas de que Roberto lo hubiera producido en la vida de ellos, a juzgar por los recuerdos de su conducta invariablemente amable y cordial, como era preciso reconocerlo.

En esos instantes, Diana entraba al hall, donde estaban jugando.

Roberto se levantó rápidamente del asiento y adelantó algunos pasos para saludarla. Diana le tendió la mano con desenvoltura y dijo:

—¿Desde cuándo juegan? No sé cómo no se cansan...

Sergio le dirigió una mirada oblicua. La sintió indiferente a su corazón. Era como verla a través de una espesa muralla de cristal. Sobre sus hombros pesaban cargas invisibles. Se ensimismó de golpe. Dentro del recinto vítreo, reinaba un frío inmóvil. Altas Torres transparentes esperaban la caricia de sus manos. Una Dama negra y otra blanca lo miraban fijamente. Sus facciones eran igualmente bellas y vestían un mismo ropaje de majestuosos pliegues. Entre corceles de recia estampa y de ojos luminosos, sobresalían cuatro mitras de obispos, mientras un ejército de claras y oscuras armaduras alternadas parecía aguardar una voz de mando. Era un mundo silencioso y él era un dios entre aquellas formas muertas. Una cara se aproximó al cristal y se fué precisando en sus rasgos. Un rostro bestial, de ojos burlones, lo estaba contemplando. Sonreía, sonreía, como pudo hacerlo Luzbel cuando todavía era un niño. Aquella faz se distorsionó de nuevo y otra vez se encontró ante el tablero blanco y negro. Volvió a oír la voz delgada y agradable de Diana:

—No sé cómo no se cansan...

Roberto le contestó:

—Almorzamos juntos, pues Sergio me dijo que Ud. se quedaría en casa de una amiga recién llegada de Europa. Después nos pusimos a jugar como siempre, no obstante que Sergio ha estado preocupado.

—Y ¿quién va ganando? Sergio está preocupado desde hace algún tiempo, con los "benditos" negocios...

Diana se sentó en el brazo del sillón que ocupaba su marido y se sacó con cuidado el minúsculo sombrero con su medio velo, colocándolo sobre una mesita donde yacía la rosa.

—Todavía no se sabe —contestó Roberto, como para no humillar a su amigo.

—Roberto debe ganar en unas cuantas jugadas —exclamó Sergio sin separar sus ojos de la pieza que había tomado.

Diana dirigiéndose a su marido y pasando su brazo por encima del hombro expresó:

—¿Roberto nada te ha dicho todavía?... Nos ha proporcionado una bella sorpresa, que aún no se la hemos agradecido. No adivinarás

nunca de qué se trata. Algo muy valioso que no acierto a comprender cómo pudo desprenderse de ello. Es sencillamente una maravilla...

Sergio, con inquietud recelosa, preguntó:

—¿Es un obsequio para ti... para nosotros? ¿De qué se trata? ¿Por qué?

Roberto se apresuró a decir:

—No es nada... una bagatela. Diana está exagerando... Es...

Lo interrumpió la mujer:

—No diga nada, para que resulte una sorpresa completa. ¿Me lo promete? Voy a buscarlo y luego se lo muestro —levantándose, ya en el umbral de la escalera, dijo a Sergio—: Te voy a anticipar un poco, para que no te mueras de curiosidad. ¿Te acuerdas dónde fuimos la semana pasada? Pues, después de haber ido allí, nos encontramos con Roberto en la calle. Comentamos con él algunas cosas. Así nació la sorpresa. No te puedo adelantar más. ¿No caes? Ya vengo, —anunció y subió la escalera con rapidez juvenil. Ambos siguieron su figura hasta que se perdió en el rellano.

Sergio movió un peón, lo que determinó otra movida de su contrario, y se quedó pensando en lo que podría ser aquella sorpresa. ¿Escondería el secreto de Roberto; lo revelaría, mostrando su espíritu lascivo? ¿O no tendría ninguna significación, dejando trunco el castillo de sospechas que había construído? De malas ganas, reconoció que su certeza era demasiado lógica y puramente intuitiva, con precario asidero en la realidad. Su razón podía ser nada más que un sueño sistemático que, como afirmara Roberto, iba a desembocar en la nada. ¿Por qué se demoraba tanto Diana en bajar? ¿Era verdaderamente inocente? ¿Era culpable y hasta qué punto? Cuando saludó, su voz no reflejaba inquietud. Sin embargo...

Fatigado de girar en un mismo sentido, hizo un esfuerzo para salir del círculo que recorrían sus sentimientos, pero fué en vano. Hubo de confesarse que buscaba oscuramente una confirmación para disfrutar con plenitud sus sufrimientos. Necesitaba castigarse para que cayera de sus espaldas no sólo aquel dolor informe, sino otros muchos dolores que traía de hontanares muy lejanos. En el fondo, se supo

un solitario, una estrella marina pegada obstinadamente a la roca, mientras las aguas vivas que llegan, se van y retornan, procuran desprenderla para arrastrarla a los abismos. Se apiadó de sí, mas luego comprendió que esa compasión lo empequeñecería desvirilizándolo. Prefirió volver al mundo concreto. Sólo podía acordarse que en la semana anterior se había encontrado efectivamente con Roberto en medio del tumulto, pero sobre lo que habían conversado ¿de negocios, tal vez? nada guardaba su memoria. Bueno, ya pronto lo sabría, cuando bajara Diana...

En esos momentos, cantando a media voz, descendía grácil y graciosa, como una adolescente enamorada. Los dos rivales la contemplaron con visible deleite. Llegó hasta ellos, agitando en alto, un pequeño trozo de tela enrollada; al desenvolverlo, vieron una pintura antigua al óleo, que representaba a un bello mancebo dormido en medio de la floresta, cuyo rostro iluminado por los rayos de la luna, era observado, entre ramas, por una mujer de noble fisonomía y rasgos armoniosos.

—¡Qué hermoso es! ¿Verdad? —exclamó con entusiasmo Diana, añadiendo—: Roberto nos ha regalado este cuadrito esta mañana. Como buen amigo, debe quedarse también a comer con nosotros para celebrarlo... ¡Vamos! Ninguno de los señores dice nada. Se ve que rehúsan tan gentil invitación...

Sergio, cuando Roberto iba a comenzar a hablar, preguntó:

—¿Quién lo pintó?

Roberto, golpeando un cigarrillo contra el dorso de la mano, contestó con suficiencia, eligiendo las palabras:

—Es una copia, muy bien ejecutada, de un original de maestro desconocido, acaso contemporáneo del Tintoretto. El modo de tratar los colores y el asunto dan cuenta de un temperamento muy rico. Lo adquirí en una tienda de cachivaches. Estaba todo sucio. Discutí un poco el precio, por fórmula. No entendían nada y pagué una suma irrisoria...

Sergio se puso a examinar la pintura. Le parecía remotamente familiar, aunque no podía precisar de qué se trataba. Cierta asocia-

ción de ideas pugnaba por manifestarse en su conciencia. Molesto por no poder atrapar el recuerdo escurridizo, volvió a interrogar a Roberto:

—Pero ¿a quién representa?

Su amigo no le respondió en seguida. Tras una pausa, sosteniendo la mirada curiosa de Diana, dijo:

—Seguramente a Endimión, un pastor griego, que tuvo la dicha de ser amado por la Luna.

Sergio musitó:

—Endimión...

Diana expresó que se retiraba para ocuparse de las once.

Roberto y Sergio reanudaron el juego interrumpido. Movía Roberto y anunció el primer ataque al Rey. Sergio tuvo que colocarlo en la única casilla adyacente que estaba libre. Allí tampoco lograba libertarse de la presión de las piezas enemigas. Un salto del Caballo contrario anunció el segundo ataque al Rey, que era definitivo.

Sergio, con voz alterada, reconoció con hidalguía:

—¡Has vencido! Te felicito...

—Apenas —le replicó Roberto—. Hubo instantes en que la victoria era tuya. Te desangraste por defender a tu Dama. Fué brillante como pudiste salvarla. No creo que otra vez la puedas librar de mis asechanzas en forma tan espléndida.

Su interlocutor dijo:

—Estás equivocado Roberto. Estoy decidido a no darte ninguna oportunidad para que vuelva a repetirse...

Roberto, advirtiendo el tono tenso de esta frase, repuso con estudiado desgano:

—Perder o ganar no vale gran cosa. Siempre se desemboca en la nada. Durante la lucha, no se siente el vacío que nos aguarda. Se tiene la ilusión de que todo está dotado de sentido. El término nos previene que somos sombras que nos debatimos contra sombras. Ganar no significa nada...

—No me parece, con respecto a ti. Tu escepticismo es un modo vital de reaccionar, como el color que adoptan en la arena los

lagartos, para ser confundidos con ella. Sin embargo, cuando están en celo, todavía hay la posibilidad de distinguirlos. Con el mecanismo de tus calculadas negaciones, preparas el camino a tus apetencias.

Roberto, tomado de sorpresa, sólo alcanzó a balbucir:

—No te entiendo... Yo... Tú...

—Calla, Roberto, porque aún debo decirte algunas cosas, para que no haya equívocos entre nosotros. Por mi parte, todo tiene sentido, sea en un tablero de ajedrez o en la vida misma. Por eso, el triunfo y la derrota tienen un significado diferente para mí. Siempre trato de obtener la victoria más alta, sin retorcimientos, o al menos una derrota honrosa que nunca considero definitiva.

Como Roberto hiciera ademán de hablar, Sergio alzó su mano y dijo:

—Te ruego que no me interrumpas, ten paciencia, como yo la he tenido contigo. ¿Recuerdas que, en medio de la partida, tú pretendiste anular el desarrollo normal del juego, haciendo una jugada inesperada, que perseguía desviar mi atención? Debo confesarte que casi caí en tu trampa, pero logré desbaratarla, aunque un poco tarde, porque para salvar a mi Dama de tu infernal asedio, tuve que sacrificar mis mejores piezas y mis posiciones favorables.

—Francamente, no sé a dónde vas —dijo Roberto, con el semblante demudado.

—Francamente, te lo voy a decir —replicó Sergio en forma no exenta de ironía—. En esa ocasión —continuó diciendo— hiciste gala de tu inmoralidad ajedrecística, reflejo de otra inmoralidad aún más profunda, que nunca había observado antes en ti, preocupado como estaba por mis negocios.

—No te permito que abuses de tu condición de dueño de casa —le interrumpió Roberto, en actitud de levantarse.

—¡Siéntate, amigo! Estoy convencido que tú no has abusado ni abusarás de tu condición de invitado en mi casa y desearás escucharme hasta el fin...

—Me quedaré por Diana. Seguiré escuchando tus también desconocidos para mí, resentimientos, pero no toleraré tus pullas...

—Como te decía, descubrí la palanca que movías en el ajedrez y en la vida. Con respecto a esta última, era nada más y nada menos que una intuición, una mera certeza subjetiva. En el tablero, de casillas blancas y negras, pude salvar la Dama, pero perdí la partida. Mas, en este otro de la realidad, no quiero perder ni la una ni la otra...

Roberto, colérico y turbado, apretando y abriendo convulsivamente el puño de la mano derecha, que estaba a la altura de su rodilla, prorrumpió diciendo:

—¿De qué me acusas? Tú estás loco, ¡completamente insano!

—Cálmate, mi querido Roberto. Tú sostenías que nada tiene sentido, que todo desemboca en la nada. Son tus propias palabras. Pruébalas ahora, manteniéndote inmutable. Prosigo. Yo buscaba en nuestra convivencia la acción de esa palanca tuya, que sabía que existía, pero no pude hallarla, a pesar de rememorar todos nuestros contactos. Siempre aparecías en mis recuerdos, como una persona caballerosa y amable, me faltaba un elemento para condenarte definitivamente. Y ahora ¡lo tengo! —Roberto se mantuvo expectante y Sergio continuó diciendo—: Dime, a propósito de la pintura que “nos” regalaste, no precisamente a mí, sino a Diana. ¿Cómo pudiste concebir que yo ignoraría cuanto se refiriera a ella, que para mí, verdaderamente, es una diosa? Ese obsequio de Endimión es tan irracional como el sacrificio inmotivado que hiciste al tentarme con tu Alfil. En ambos casos, disimulando intenciones, con secreta voluntad, intentabas arrebatarme la Dama.

—¡Es una monstruosa mentira! ¡Pregúntaselo a Diana! Tus celos te ofuscan. Es un regalo inocente. ¡Te lo juro!

—Tu patetismo no me conmueve, amigo Roberto. Esta tarde he leído las avideces irrefrenables que están grabadas en tu rostro. Cuando te pregunté hace poco a quién representaba el mancebo dormido del cuadro, mentiste a medias y dijiste que era Endimión, un pastor griego, amado por la Luna... ¿No es cierto?

—Pero, ¿qué insinúas con eso?

—Algo muy evidente, faltaba la otra parte de la verdad, como que tú no ignorabas que entre los griegos la Luna era también “Diana Cazadora”, que una noche sorprendió a Endimión dormido en la floresta y se enamoró de él...

Roberto se había levantado bruscamente, pero la presencia de Diana lo retuvo. Ella dijo:

—Veo que siguen hablando de mi cuadrito y tienen razón, pero ¿por qué no se sienta Roberto? Las once están listas...

—Perdóneme, Diana... tengo un compromiso... urgente. Ud. es muy bondadosa y me perdonará... Estoy seguro...

Con aire de perplejidad, apartó la vista del rostro iluminado de Diana que comenzaba a esbozar un gesto de extrañeza. Con vacilaciones de autómata se volvió hacia Sergio, que, en medio de la penumbra, se mantenía inmóvil. El son acompasado del reloj tornaba más densa la quietud angustiosa que lentamente se iba posesionando de la estancia. De modo imperceptible se fueron esfumando las amables galas que adornaban la amplia habitación y las finas líneas de los recogidos cortinajes se hicieron graves y solemnes. Esta atmósfera parecía pesar sobre Roberto. Recobrándose apenas de su turbación, sólo atinó a retroceder hacia la puerta, y abriéndola con torpe actitud y mano inhábil, dejó pasar la visión del opulento mar de cielo. Desde el umbral se oyó su voz velada:

—¡Adiós, señora!